

españoles con-
partillo de he-
an Ildefonso,
dia, con quie-
gótica, á San
edad humana
Loyola, repre-
enacimiento.
a, no hay me-
otros grandes
vedo insinúa,
representativos de
sentido de la
patrón de Es-
gió el Reino,
eligió Cristo
hiciese. Lo
oránea, sería
as dispersas y
un suelo in-
lla de las na-
antiago iba á
dispuesta á

la nacionali-
reconquista.
dad de estilo
er mezquitas,
ras, las vidas
uto. Su nom-
aquellos po-
ación de los
los que con-
valieron por
éxtasis tere-
reada por el
mbates mis-
y tradicional
tal flor, tal
ros de Avila;
ntraba en el
mente el au-
son bienes

Quevedo esta-
campeador
(se eclipsa-
se el valor,
de los suce-
mientras en
iguó discu-
ntrado el si-
a escritores
o composte-
se ganó en
ios, que, se-
es vivas que
dad que, en
que no sue-
confiesa que
reinado de
español; era
a, flamenca.
un el gene-
primo del

in embargo,
picas,» á la
os, y hubie-
ula con una
talla no hu-
timo infan-
estada con-
abandona-
las nubes,
cuerpos pal-
esquite; y si
én y en los
el Apóstol
os días pa-
antiago se le
nimiento mio-
ales. Mejor
descienda
que vean en
de nuestro
forma su-
echar á un
mo é inten-
oreceremos
co manto y

BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Leo en un diario que una mujer ha sido detenida por el grave delito de fumar «desvergonzadamente» donde estaban fumando también, por lo visto con muchísima vergüenza y dignidad, varios hombres. Y añade el diario que la mujer, al ser objeto de medi- da tan rigurosa, prorrumpió en denueros é invecti- vas. Sin duda la muy torpe no comprendía bien por qué en ella constituía delito lo que en los varones no.

Debía, sin embargo, darse cuenta esa fémina atre- vida de que el acto de chupar una hierba liada sobre sí misma ó en un papel, varía muchísimo de signifi- cación si lo realizan los labios de un individuo del sexo fuerte, ó los de otro, perteneciente á la más be- lla mitad del género humano. Un hombre que fuma ejercita uno de los imprescindibles é inalienables de- rechos que le corresponden, y en cambio una mujer que fuma siempre perturba un poco la buena organi- zación social. Sabe Dios qué consecuencias pudiera tener hecho tan sencillo, es decir, sencillo, según apa- riencias engañosas.

Yo confieso que, por mí, en lo que personalmente me afecta, aunque nunca los españoles, que tantas cosas descubrieron, hubiesen descubierto la *nicotiana tabacum* de Lineo, me sería completamente igual. No me da por fumar, y tampoco me causaría lo que se dice pena el que Noé no hubiese inventado sacar zu- mo de los racimos de la vid, para quedar bajo el es- tigma de ser el primer curda que registran los anales del mundo (aunque Baco pueda disputarle la palma). Pero si desde el punto de vista de mi propio regodeo la cosa no me preocupa, en el más desinteresado y noble del altruismo no puedo menos de consagrarle estas líneas de crónica. ¿A título de qué, vamos á ver, una hembra audaz se permite lo que sólo pertenece á su señor, dueño y cabeza, el hombre? ¿Y en públi- co para más? Porque al cabo ¡si el desmán se come- tiese en el secreto y recogimiento del propio domi- cilio, y en las habitaciones más ocultas y privadas! Pero delante de gente..., es cosa que merece severí- simo castigo, y especial penalidad en el Código. Y no dudemos que la tendrá. Con esta clase de delitos suelen ser inflexibles nuestras celosas autoridades.

La tragedia del hijo de López Silva me lleva hacia temas de otro género, y bien tristes. Era ayer cuando el clásico creador de *Los Madriles* se despedía de mí en los *Madriles* mismos, rebosando esperanzas y proyectos, antes de emprender su viaje á la Argenti- na. Creo que en estas columnas, con tal motivo y con el de haber deseado López Silva que yo le escribiese un prólogo, tuve ocasión de hablar del «poeta chulo» y de su obra. Muerto Luis Taboada, que era el satírico de la clase media, quedaba López Silva, el satírico del pueblo, especialmente del pueblo que bebe en el no muy undoso Manzanares, arma bele- nes en los barrios bajos, concurre á la pradera de San Isidro cuando se festeja al Santo Patrono, em- peña el colchón para asistir á la corrida, merienda y danza *chotis* en las Ventas, al cancamurriar del or- ganillo, almuerza arroz con cangrejos y aceitunas en los Viveros y en Botín, entierra á la sardina el miér- coles de Ceniza, y aplaude á rabiarse en los melodra- mas de Novedades y cuando Dicenta interpreta el personaje de su propio Juan José. Este terreno, asaz pintoresco, lo acotó López Silva, á pesar de los varios imitadores que hubieron de salirle, porque nunca falta de ese ganado, como dijo el bañero de cierto balneario refiriéndose á las señoritas que sumergían en las pilas sus blancos cuerpos... No pudo «el ga- nado» eclipsar ni aun igualar á López Silva, y quedó reservada para él la descripción de la gente de tufos y de las chulaperías... Y, de un tema tan familiar y llano, fué extrayendo López Silva la substancia artís- tica á manera de caricaturista genial, que abulta pero no desfigura, y retrata sin falsificar los tipos. Quizás

un romance de López Silva puede expresar mejor que una grave *Memoria* algunas de las causas de nuestra decadencia nacional. Porque de ese elemen- to chulo, de esas costumbres selladas con el sello de lo picaresco moderno, inferior, quién lo duda, á lo picaresco de los siglos de oro, á lo que cantaba en sus jácaras Quevedo y devanaban en sus narraciones los novelistas y cuentistas, nace en algunos respectos el descenso de nuestro carácter nacional. La línea de demarcación que separa al chulo del antiguo manolo, ha ido extendiéndose, hasta llegar á hacer que el tipo manolesco, antes predominante en la plebe madrile- ña, desaparezca poco á poco, y, sobre la simpática especie extinguida, avance la híbrida especie invaso- ra. Cuando se haga el recuento de las causas de nues- tro descrédito y disminución, yo me figuro que en primer término figurará el chulismo.

Sea por haber puesto el dedo en tan extensa llaga, sea por la gracia y el acierto con que patentiza el caso morbos, López Silva había salido de la turbamulta de los poetas «conocidos», y era un poeta popular, celebrado, al par que un autor cómico afortunado y aplaudido. Sobre la base de esta reputación bien sen- tada, pudo hacer su viaje á América, donde, natural- mente, tendrfa admiradores y lectores asiduos, y le esperaban alagos y legítimas satisfacciones. Y todo ello lo habrá encontrado, pero, ¡ay!, todo se lo habrá amargado con el acibar del más profundo dolor la desdichada muerte del hijo, víctima de un accidente cruel, impensado, de una herida espantosa—uno de esos sucesos que hacen blanquear en una noche el cabello de los padres...—¡Pobre poeta festivo, pobre pintor humorístico, cuyo viaje feliz y lisonjero corta de un modo tan brutal la suerte, al fin y á la postre enemiga de todo el mundo! ¡Y qué amargura espe- cial, la que interpone entre la desventura de la fami- lia y el duelo del padre una valla de ausencia!

Puesto que de poetas se habla, recordemos una vez más al que se ha ido: á Teodoro Llorente. En el correo acabamos de recibir su recordatorio, el negro *In Memoriam* que no era necesario, verdaderamente, para refrescar la que jamás perderemos los que fuimos sus amigos entrañables. El recordatorio trae en sus hojas versos del cantor del Turia, los que él tituló *Mi testamento*. Las estrofas musicales adquieren, ahora que ha enmudecido para siempre el que las trazó, una grave solemnidad y un sello más hondo de alta poesía.

«De fe y humiltat en proba,
amortalleume ab la roba
del bon Pare Sant Francés;
de coronas y garlandes,
de creus, insignies y bandes,
¡vanitats!, no'm poseu res...»

Y esta profesión de fe, de cristiano humilde, saben los que trataron de cerca al cantor que no es come- dia, farsa poética, como muchas que por ahí se leen... La afectación y la mentira sentimental eran descono- cidas para Teodoro Llorente, y la sinceridad fué su musa. No hay que dar por hecho que esta prenda del alma, reflejada en tan bellos cantos, la posea todo el mundo. Hemos tenido á docenas poetas de fama, que cantaban el hogar, el amor conyugal, todo géne- ro de idilios, y que... Tente, pluma, pues ni has me- nester escribir lo que falta, ya que pocos lo ignoran, ni, si lo ignorase alguien, es tarea grata la de desen- ñañarle é inclinarle al escepticismo. Sólo diré que á Llorente, lo mismo que á Gabriel y Galán, le enalte- ce el mérito de una vida en armonía completa con su inspiración. Y no niego que no se pueda ser poeta insigne careciendo de esos nobles sentires y esas dul- ces idealidades que Llorente ha cultivado. No las tu- vieron Gautier, ni Baudelaire, ni Musset, ni Byron, (para no citar españoles) y fueron ciertamente poetas muy excelsos. Lo que digo es que, cuando se canta al hogar, á la familia, á la ternura de los hijos, á las creencias, á la patria, es preciso que todo ello sea verdad, que el corazón haga resonar la lira. Otra cosa, revestiría matiz de histrionismo, y las poesías que falsifiquen tan íntimos y sagrados entusiasmos, no vivirán; la capa de oro se caerá y quedará paten- te el cobre del embuste. No lograrán producir la emoción que causa este *Testamento*, leído ahora, poco después de la muerte.

Sin poderlo remediar, se establece, la comparación con Alfredo de Musset, con su poemita que todos repiten cuando, á la entrada de la suntuosa necrópo- lis del *Père Lachaise*, se ve su mausoleo, su busto, sombreado, descolorido...

«Mes chers amis, quand je mourrai
plantez un saule au cimetière;
j'aime son feuillage éploré;
la paleur m'en est douce et chère,
et son ombre sera légère
à la terre où je dormirai.»

Qué contraste, con la súplica de Teodoro Llorente:

«Pera guardar mes despulles,
baixant á terra les fulles,
no planteu ningun ploró;
planteu un xiprer, que apunte
dret al cel, y al cel s'en munte,
com s'en munta la oració.»

Entre ambos poetas líricos hay el abismo de un mundo moral, la distancia infinita... El «hijo del si- glo,» el dandy, el soñador romántico, pide el sauce, porque su palidez y su lánguida ramazón darán á la tierra de su tumba una sombra dulce. El poeta, romántico también—porque Llorente se mantuvo fiel al dogma de sus mocedades,—pero romántico cristia- no, demanda el ciprés, porque ese árbol parece seña- lar al cielo... Y esto, que si fuese solamente retórica sería detestable, es hermoso al expresar un sentimiento real, y porque en los setenta y cinco años de su glo- riosa vida, nunca un hecho ni una palabra de Llore- te desmintió tal manera de sentir.

No soy del número de las personas que se escan- dalicen por cualquier menudencia, y siempre me han parecido, verbigracia, algún tanto nimias las campa- ñas contra los escotes; pero todo tiene su límite, cla- ro, y un grabado que acabo de ver, por cierto en un semanario tan culto como *Blanco y Negro*, me obli- gó á hacer un esguince de asombro.

Trátase de una fotografía tomada directamente, y que lleva por leyenda textual: «En la playa de Van- see, cerca de Berlín. Un ratito de baile en la playa.»

Yo creía que Alemania era un país más bien pú- dico, y que allí se hilaba delgado en cuestiones de moralidad colectiva, (ya que la individual es, hasta cierto punto, incoercible). Creía asimismo que en Alemania se había prohibido la introducción de las obras de Zola y otros autores franceses acusados de pornográficos y corruptores de las buenas costumbres.

Me figuraba que, á falta de otra cosa, en el Impe- rio se guardarían las formas del decoro. Y como hace lo menos diez ó doce años que no voy á Alemania, y aun cuando fuese ahora, es probable que se me hu- biese escapado el detalle sorprendente del «ratito de baile» consabido, declaro que me quedé con la boca abierta, «no dando crédito á mis ojos» (consagrada frase.)

Si un papúa ó un tasmanio, un cafre ó un zulú, ó cualquiera de los individuos de la especie humana á quienes consideramos salvajes por su desnudez, con- templa la lámina, yo no sé qué dirá de los civilizados de una archicivilizada nación. Porque esos productos de lo más noble de la raza ariana, del tipo rubio ger- mánico, reconocidamente superior dentro de la etno- grafía, no sólo están desnudos, con un ligero elástico equivalente al cinturón de conchas de los maories, (tiene las carnes mucho más cubiertas cualquiera de los que vemos en los grabados de *Las razas huma- nas*, de Ratzel), sino que, en ese traje gratuitamente elemental, y que nos libertaría, justo es decirlo, de la tiranía de los modistos, resolviendo á la vez el pro- blema de «lo más ceñido posible» se entregan bañis- tas y bañistas á un «agarrado» enteramente confian- zado, con demostraciones afectuosas, que aun previa otra *toilette* serían mucho más cubiertas los risueños espectadores que parecen jalearlos... Y yo no sé qué diablos irán á ver á los teatros verdes de París los ale- manes; y creo que los autores españoles de esas «obritas» que, con los toros y las cogidas de toreros, forman el elemento recreativo de la muchedumbre, no tardarán en aprovechar el filón que nos ofrece la inocente Germania...

Después del «ratito» ¿por qué no establecer la cos- tumbre cochinchina ó siamesa, no estoy muy segura, que permite á las señoras del mejor tono y de la más elegante sociedad amarilla bañarse en tinajas en la calle, á la puerta de sus respectivos domicilios, y armar una tertulia, formada por amigos que se traen su tinaja correspondiente, se chapuzan en ella, y, siempre en remojo, conversan acerca de las últimas noticias chismográficas, y galantean con la mayor de las frescuras? Al cabo, es más decente, ó menos co- chinchino sin *chin*, el sistema, puesto que una tinaja de palo es como una buena capa, que todo lo tapa... Conviene que los alemanes se miren en ese espejo, y se moderen, y no nos escandalicen á los demás, iba á decir europeos, pero me detengo, conjeturando si allá en la patria de Kant y de Bismarck, nos tendrán ó no por tales. Que lo seamos ó no; que el África nazca en el Pirene ó empiece allende el Estrecho, en el África seguramente no se toleran esos «ratitos de baile.» Danzarán las odaliscas, si las hay, que lo dudo, ante sus dueños y esposos. ¿En la playa, y el agarrado, y con una almilla por indumento? ¿A que no?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.